



José Enrique Covarrubias

“Henrico Martínez”

p. 393-414

*Historiografía mexicana. Volumen II. La creación de una imagen propia. La tradición española
Tomo 1: Historiografía civil*

Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coordinación general)

Rosa Camelo y Patricia Escandón (coordinación del volumen II)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2012

660 p.

ISBN-10 968-36-4991-2 (obra completa)

ISBN-13 978-968-36-4992-2 (obra completa)

ISBN-13 978-607-02-3388-3 (volumen II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317_02_01/historiografia_civil.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



HENRICO MARTÍNEZ

JOSÉ ENRIQUE COVARRUBIAS*

DATOS BIOGRÁFICOS

De la vida de Henrico Martínez es poco lo que se sabe. Sólo gracias a las indagaciones de Wilhelm Pferdekamp y de Francisco de la Maza¹ resulta posible presentar a grandes rasgos la historia de esta peculiar figura del periodo novohispano. Se trata de un personaje sobre el que todavía queda mucho por averiguar, afirmación que abarca tanto lo relativo a su persona como a su obra. Hasta ahora se le conoce sobre todo como el constructor del desagüe del valle de México a comienzos del siglo XVII y un editor de importancia en Nueva España de esos mismos años. Falta aún situarlo de manera satisfactoria dentro de los procesos intelectuales de su época y definir su originalidad ante dicho trasfondo. El análisis que sigue a este apartado biográfico está concebido como una aportación en tal sentido.

Durante mucho tiempo prevalecieron dudas sobre el origen de Henrico Martínez, pues sólo se sabía que no había nacido en España o Nueva España. Sobre este traductor del Santo Oficio novohispano, de cuya presencia en estas tierras tenemos como primera noticia su colaboración en un caso visto por dicho tribunal en 1598,² todavía hasta hace relativamente poco se sostenía que era francés o portugués, no obstante que Humboldt se había referido ya en su *Ensayo* a los indicios sobre una procedencia holandesa o alemana.³ Heinrich Martin, como seguramente se llamó, nació en el puerto de Hamburgo hacia 1560,

* Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

¹ En sus respectivas obras *Deutsche im frühen Mexiko*, Stuttgart-Berlín, Verlags-Anstalt, 1938, y *Enrico Martínez, cosmógrafo e impresor de Nueva España*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1943.

² El del holandés Adriano Cornelio César, quien fue acusado de ser luterano y condenado a varios años de prisión conventual. Lo relata De la Maza en la obra antes citada, de la que se emplea la reedición de la Universidad Nacional Autónoma de México (México, 1991), p. 13.

³ En su *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, publicado originalmente en París en 1811. Véase la edición moderna de este *Ensayo* por Juan A. Ortega y Medina para la casa Porrúa, México, 1978, p. 140.

según los cálculos de De la Maza, quien vino a dejar en claro la condición alemana del personaje. En su indagación, De la Maza se apoyó en documentos del ramo de la *Inquisición* del Archivo General de la Nación que algunos años antes habían sido ya citados por Pferdekamp.⁴ Fue en ocasión del proceso inquisitorial contra un luterano alemán, Enrique Hasse (1619), que Martínez declaró oficialmente tanto que su lugar de origen era Hamburgo como que desde los ocho años había residido en España, de donde había retornado temporalmente a su puerto nativo al contar con unos dieciocho años.

Con el tiempo ha ganado fuerza la idea de que Martínez fue un hombre cosmopolita y afecto a los viajes en sus mocedades. Sin embargo, no es mucho lo que se ha podido establecer con claridad sobre estos recorridos. Pferdekamp afirma que Martínez nunca estuvo en Francia y debió de realizar sus estudios en España.⁵ En la misma línea, De la Maza sostiene que habría estudiado matemáticas en la universidad de París y residido también en varias ciudades de España, como Toledo, Madrid, Sevilla y quizás otras, antes de embarcarse finalmente hacia Nueva España en 1589.⁶ Información segura, porque el propio Martínez la proporciona en su *Reportorio de los tiempos e historia natural de Nueva España*,⁷ es la relativa a un viaje suyo por Curlandia, en la zona del Báltico, antes de venir a Nueva España. Sobre sus actividades ya en el virreinato tenemos datos más seguros. Martínez recibió la protección y el apoyo del segundo virrey Luis de Velasco, con quien precisamente vino a esta posesión americana, y se mantuvo bien relacionado con figuras prominentes del medio político y del eclesiástico.⁸ Ello explica por qué no tardó en ser contratado como traductor del alemán y del flamenco por el Santo Oficio, así como el que haya sido nombrado cosmógrafo del rey, título que no coincidía con el de cosmógrafo responsable frente al Consejo de Indias.⁹

⁴ Pferdekamp, *Deutsche...*, p. 73; De la Maza, *Enrico Martínez...*, p. 18.

⁵ Pferdekamp, *Deutsche...*, p. 73.

⁶ De la Maza, *Enrico Martínez...*, p. 20. Para la afirmación de que Martínez estudió en París, De la Maza se basa en una noticia de Clavijero.

⁷ Enrico Martínez, *Reportorio de los tiempos e historia natural de esta Nueva España*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, p. 204.

⁸ Y también con literatos célebres como Juan Ruiz de Alarcón, quien en su obra *La cueva de Salamanca* presenta a un personaje un tanto locuaz llamado Enrico, astrólogo de profesión. El parecido es muy grande para ser coincidencia.

⁹ Si bien las funciones de ambos cosmógrafos debieron de ser muy similares: reconocimiento de territorios y rutas marítimas, así como indagación sobre latitudes y longitudes de los lugares, eclipses, ríos y montañas, poblaciones que surgieran, etcétera, cuestiones de las que trata en parte su *Reportorio de los tiempos e historia natural de esta Nueva España*. Por causa de este nombramiento fue que Martínez elaboró una serie de mapas con las bahías, los puestos y los lugares reconocidos por Sebastián Vizcaíno entre

Por tanto, en Nueva España Martínez tuvo oportunidad de dedicarse al estudio de los fenómenos físicos, asunto que parece haber sido siempre su principal objeto de curiosidad intelectual. No se sabe qué recorridos de reconocimiento pudo haber hecho como cosmógrafo real, nombramiento que le garantizaba el disponer de los libros e instrumentos científicos más indispensables para su tarea. Seguro es, sin embargo, que al poco tiempo de llegar a estas tierras Martínez se acercó en la ciudad de México, pues una vez verificado el proceso contra Cornelio César¹⁰ aparece como intérprete oficial del Santo Oficio. También desde entonces comenzó su labor de impresor, que tanta fama le ha dado entre los bibliófilos y que por lo menos duró hasta 1611.¹¹ Su actividad editorial fue posible porque se le permitió operar con la imprenta expropiada al mencionado César, quien venía ejerciendo este oficio en Nueva España.¹² De esta manera, Martínez contó con el recurso idóneo para divulgar sus propios pensamientos científicos en su país de adopción.

Sumariamente referidas las circunstancias en que Martínez se convirtió en impresor y cosmógrafo real de Nueva España, queda por explicar la tercera actividad que lo ha hecho célebre en los registros de la historia novohispana: la construcción del desagüe del valle de México.

Tras una gran inundación de la capital novohispana en 1607, Martínez recibió el encargo de los trabajos de desagüe que debían librar al valle de México de las anegaciones periódicas. Las obras quedaron listas en mayo de 1608, realización que alimentó un fuerte sentimiento de orgullo y autoafirmación entre los criollos de esa época. Para esta construcción Martínez contó en un principio con la colaboración del jesuita e historiador Juan Sánchez Baquero, no menos interesado que él en cuestiones de ciencia.¹³ Al poco tiempo, sin embargo, surgieron fuertes desacuerdos entre los dos, lo que ocasionó que el jesuita abandonara el proyecto. El sabor del éxito no le duró mucho a Martínez,

1602 y 1603, como lo indica Miguel León-Portilla en *La California mexicana. Ensayos acerca de su historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, p. 155.

¹⁰ Vide supra, nota 2.

¹¹ Francisco González de Cossío, en un apéndice bibliográfico anexo a la mencionada edición del *Reportorio* de Martínez de Conaculta, contempla la posibilidad de que dos obras publicadas en 1616 y 1620 hayan salido también de las prensas de este alemán avedado en México. Martínez, *Reportorio...*, p. 435-436.

¹² De la Maza, *Enrico Martínez...*, p. 33. La imprenta de Martínez vendría a ser así la cuarta en establecerse en la ciudad de México durante esos años. De la Maza considera que Henrico pudo estar emparentado con los Martin, familia de impresores alemanes establecida en España hacia esas fechas, *op. cit.*, p. 19.

¹³ De hecho, las excavaciones para construir el canal del desagüe tuvieron enorme importancia para los jesuitas interesados en asuntos científicos: se encontraron grandes huesos antiguos que terminaron en la biblioteca del Colegio de la Compañía en México.

pues el tiempo iba a mostrar lo insuficiente de las obras realizadas. La ciudad de México siguió padeciendo las inundaciones, cuyo clímax ocurrió entre 1629 y 1634. Fue entonces que la capital novohispana permaneció virtualmente cubierta por las aguas y varios de sus barrios tuvieron que ser desalojados. Martínez fue acusado de ser el causante del desastre¹⁴ y recluido en prisión durante un breve tiempo. Cuando en 1632 se tomó la decisión de atacar nuevamente el problema, Martínez volvió a trabajar en ello; pero esto le acarreó duros ataques de parte de enemigos y rivales como el oidor Villabona y el carmelita Andrés de San Miguel. Esta situación, según De la Maza,¹⁵ causó su muerte en diciembre de 1632. Envejecido y calumniado, Martínez se había recluido poco tiempo antes en Cuautitlán, en cuya iglesia franciscana de San Buenaventura obtuvo sepultura.

Es indudable que Henrico Martínez fue un hombre notablemente inquieto y emprendedor, capaz de cubrir un amplio registro de conocimientos y actividades. Por desgracia sólo dejó un escrito extenso que recoge los aspectos más importantes de su vasto saber: el *Reportorio de los tiempos e historia natural de esta Nueva España* (1606).¹⁶ Al igual que los otros reportorios o repertorios de la época, el de Martínez está concebido como un medio para ilustrar al vulgo en todos aquellos asuntos físicos y morales dignos de interés, en lo que se recurre a la explicación astrológica. Su gran modelo, según José Miguel Quintana,¹⁷ fue el *Reportorio* de Jerónimo de Chávez, cuya temática coincide en mucho con la del correspondiente de Martínez.¹⁸ Quintana, sin embar-

¹⁴ Pues supuestamente habría optado por cerrar el canal para evitar su total destrucción, lo que Humboldt considera una hipótesis razonable (*Ensayo...*, p. 143) y De la Maza se permite dudar (*Henrico Martínez...*, p. 124). El lector interesado encontrará en las obras de estos dos autores una relación más amplia sobre la historia de la construcción del desagüe.

¹⁵ De la Maza, *Henrico Martínez...*, p. 146.

¹⁶ Editado en México por la imprenta del propio Henrico Martínez. Anteriormente, Martínez había impreso ya el *Discurso sobre la magna conjunción de los planetas Júpiter y Saturno, acaecida en 24 de diciembre de 1603 en el 9 g. de Sagitario* (México, 1604) y el *Lunario y regimiento de salud* (México, 1604), dos librillos escritos por él mismo.

¹⁷ José Miguel Quintana, *La astrología en la Nueva España en el siglo XVII; de Henrico Martínez a Sigüenza y Góngora*, México, Bibliófilos Mexicanos, 1969, p. 38.

¹⁸ El *Reportorio* de Martínez consta de cinco tratados, cuyos respectivos temas pueden ser resumidos así: 1) descripción de la región celeste, 2) los elementos de la región elemental y cuestiones históricas de Nueva España, 3) particularidades astrológicas, geográficas y físicas de Nueva España y de la zona tórrida, 4) aplicación de la astrología a la medicina y 5) la magna conjunción de Júpiter y Saturno. A estos tratados añade una "Breve relación del tiempo en que han sucedido algunas cosas notables y dignas de memoria, así en esta Nueva España como en los reinos de Castilla y otras partes del mundo desde el año de 1520 y hasta el de 1590, sacadas de las crónicas y de historias de autores fidedignos". También incluye una dedicatoria, un prólogo y las licencias de publicación.

go, no señala la relación entre el contenido astrológico y filosófico natural del *Reportorio* de Martínez y el ideario histórico de éste. El análisis que sigue al presente apartado biográfico abordará dicho aspecto remontándose más allá de las influencias astrológicas registradas por Quintana. En él se tratará de mostrar la coherencia filosófica del ideario científico de Martínez, así como la concordancia entre su idea de la historia y las orientaciones generales de dicho ideario.

Probablemente extrañará al lector que en este estudio historiográfico no se preste atención a la información histórica puntual contenida en el *Reportorio* de Martínez. La razón para proceder así obedece a que cualquiera que lea el escrito se percatará de que su principal interés no consiste en una relación o narración original de datos históricos, pues esta información está fundamentalmente tomada de las obras de José de Acosta, Agustín Dávila Padilla, Antonio de Herrera y alguno que otro historiador previo.¹⁹ El gran interés de la obra en lo historiográfico reside en la ya mencionada correspondencia entre la idea de la historia y los principios de filosofía natural o conocimiento del mundo físico. Es desde este punto de vista que más frutos rinde un análisis del *Reportorio* de Martínez, pues de esta manera se obtiene lo más indispensable en cualquier indagación de este tipo: el sentido y la importancia que el autor ha dado al conocimiento histórico.

EL SIGNIFICADO CIENTÍFICO E HISTORIOGRÁFICO DEL *REPORTORIO* DE LOS TIEMPOS E HISTORIA NATURAL DE ESTA NUEVA ESPAÑA

Los estudios amplios sobre Henrico Martínez, como el de Francisco de la Maza, se han concentrado más en la trayectoria del personaje que en su ideario. Para obtener información sobre sus ideas resulta preciso consultar escritos sobre historia de la ciencia en México, como los de Eli de Gortari y José Miguel Quintana.²⁰ Aún así, poco es lo que tales estudios revelan de la vinculación entre las ideas de Martínez sobre la realidad física y aquellas que alberga sobre los asuntos morales. La búsqueda de la originalidad intelectual de Martínez requiere que se aborden, por tanto, las bases filosóficas y teológicas de su cosmovisión y de su ciencia entera, aquellas que constituyen el fundamento de su pensamiento en general.

¹⁹ Fuentes que son expresamente reconocidas por Martínez.

²⁰ Es decir, *La ciencia en la historia de México*, de De Gortari (México, Grijalbo, 1980) y el ya mencionado de Quintana (*vide supra*, nota 17).

Un buen punto de partida en tal empresa es el principio de correspondencia que Martínez establece entre la permanente variedad y mudanza del mundo físico y la de las cosas humanas, cuestión en la que muestra una gran congruencia y que representa, según su propia afirmación, el campo más original de su pensamiento. Este principio de correspondencia entre ambos órdenes es insoslayable para entender su idea de la historia.

El apartado siguiente incluirá, pues, una cierta información básica relativa a su cosmovisión. A dicho apartado seguirá uno segundo referido a las mencionadas premisas teológicas y filosófico-naturales de su pensamiento, y a éste a su vez un tercero sobre la aportación geográfica que realiza. Culminará esta relación con una recapitulación general sobre la idea de la historia de Martínez, campo en el que cobra su sentido último el mencionado principio de correspondencia entre la constante variedad y mudanza del orden físico y la que se registra en las cosas humanas.

*La constante variedad y mudanza en el mundo físico
y en las cuestiones humanas*

Como una gran parte de sus contemporáneos, Henrico Martínez mantiene la visión cosmológica aristotélica entronizada en la era cristiana por pensadores como san Alberto Magno y santo Tomás de Aquino. Según esta visión, la Tierra está en el centro del universo y constituye “la base y fundamento de todos los cuerpos criados”.²¹ Se trata, pues, de la parte más pesada y densa dentro del todo material existente, sujeta a las influencias de los cuerpos celestes. Como Martínez explica, el universo (“universo mundo”) es circular y consta de dos partes, la elemental y la celeste. La elemental abarca de la Tierra a la Luna (o al “cielo de la Luna”), en tanto que la celeste comprende del orbe lunar hasta el llamado primer móvil. Estructurada a manera de círculos concéntricos, la parte celeste consta de diez cielos.²²

Si la parte central del universo-mundo es la más densa y pesada, las regiones más externas de esta gran fábrica tienen características exactamente opuestas. Son, pues, las más ligeras y raras. Martínez resalta que los últimos cielos, el noveno y el décimo, son la fuente del movimiento en su estado más puro, aquel que transmite el calor al resto del universo; la región sublunar queda así permanentemente sujeta a

²¹ Martínez, *Reportorio...*, p. 47.

²² *Ibid.*, p. 43-50.

los efectos de esta dinámica celestial. El movimiento no es la única influencia de los cuerpos celestes en la Tierra, pues dichos cuerpos también le transmiten la luz y ciertas influencias ocultas. Ahora bien, Martínez afirma la prioridad de la influencia del movimiento sobre los otros fenómenos celestes que repercuten en la región elemental,²³ con lo que toma ya una posición definida en algo que divide a los filósofos naturales de la época. Martínez remite a Aristóteles y a la idea de éste de que todo movimiento genera calor;²⁴ al que el griego señala como el factor físico más indispensable para la generación y conservación de la vida en el mundo sublunar.²⁵ En cuanto a la diversidad constatable en los seres orgánicos e inorgánicos de la región elemental, Martínez la explica por la doctrina antigua que subraya las múltiples combinaciones de las calidades elementales: frío, calor, humedad y sequedad.

Todas estas ideas, como se ha dicho, llevan la huella de la cosmología aristotélica y eran todavía de lo más común en la época de Martínez.²⁶ Sin embargo, una comparación de las explicaciones de Martínez con las de dos autores previos, propagadores por igual de esta cosmología e interesados en aplicarla a la realidad de Nueva España, revela contrastes significativos. La diferencia más relevante, como se verá, radica en los distintos sistemas de explicación médica derivados de esa misma cosmología aristotélica, aspecto que brinda datos importantes para precisar los rasgos básicos de la filosofía natural de Martínez y el sustento que ésta presta a su visión de la historia.

Al comparar el *Reportorio* de Martínez con la *Historia natural y moral de las Indias* (1590) del jesuita José de Acosta, obra que le fue conocida, se comprueba la importancia concedida por Martínez al factor movimiento, particularmente como factor físico decisivo para la vida humana. Acosta no pone el énfasis en el movimiento o el calor al tratar de lo relativo a la salud y las enfermedades en la región elemental. El jesuita plantea la cuestión de la salud y la enfermedad preguntándose por qué las Indias no son esas regiones tórridas imaginadas por los antiguos, quienes las habían declarado inhabitables para el hombre a causa de un calor insoportable. Acosta responde con referencia a la frescura de los vientos, lo que hace de Nueva España un país no sólo soportable sino deleitoso.²⁷ Entusiasmado con esta expli-

²³ *Ibid.*, p. 287.

²⁴ *Ibid.*, p. 271.

²⁵ *Ibid.*, p. 51.

²⁶ Si bien para entonces, como se sabe, ya comenzaba a difundirse la visión copernicana del universo, que postulaba el heliocentrismo.

²⁷ José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1962, p. 82-85.

cación, Acosta se muestra convencido de que en el mundo habitado el viento morigera los calores, de ahí que se sienta justificado a concluir que el hombre depende del aire en mayor grado que de ningún otro elemento físico.²⁸ Martínez subraya, en cambio, la influencia del movimiento celestial en los niveles de vitalidad de los organismos de la región sublunar, con lo que el aire pierde importancia.²⁹

No será inoportuno añadir aquí, en breve digresión, que una de las pocas cuestiones físicas precisas en las que Martínez disiente abiertamente de Aristóteles y se norma por la propia observación es la de las crecientes y menguantes del mar, que según el primero son causadas por los desplazamientos lunares y no por las precipitaciones y la evaporación del agua de los océanos, según había supuesto el gran filósofo griego.³⁰

La segunda comparación ilustrativa entre Martínez y un autor enfrascado con la realidad física de Nueva España es la que involucra al médico novohispano Juan de Cárdenas, autor de la *Primera parte de los problemas y secretos maravillosos de las Indias* (1591), una conocida obra de filosofía natural. Para Cárdenas la luz es la influencia celeste que más importa al explicar lo que ocurre en la región elemental.³¹ Por otra parte, al tratar de las enfermedades de los novohispanos, Cárdenas las atribuye casi siempre a sus malos alimentos.³² Es claro el contraste con una cosmovisión como la de Martínez, quien subordina los principales fenómenos físicos de la región sublunar al movimiento celestial.

¿Qué correspondencia cabe establecer entre este énfasis de Martínez principal en la influencia del movimiento celeste y sus ideas sobre el acaecer de las cosas humanas? Una de primera importancia. Dato central

²⁸ *Ibid.*, p. 85, en que afirma: “de los elementos, ninguno participamos más a menudo ni más en lo interior del cuerpo, que del aire. Éste rodea nuestros cuerpos; éste nos entra en las mismas entrañas, y cada momento visita el corazón, y así le imprime sus propiedades [...] finalmente, sólo [de] el aire podemos decir que es toda la vida de los hombres”.

²⁹ Martínez, *Reportorio...*, p. 285-286 y 314 y 336-337, donde explica cómo una influencia celeste notable puede introducir gran destemplanza entre los humores del cuerpo, ya sea directamente o por medio del aire inficionado, que origina enfermedad en quien tenga alguna predisposición a ella.

³⁰ *Ibid.*, p. 290-293.

³¹ Juan de Cárdenas, *Primera parte de los problemas y secretos maravillosos de las Indias*, México, Academia Nacional de Medicina, 1980, p. 152. Cárdenas sostiene asimismo que la principal influencia oculta del orden superior en el inferior es la de los siete planetas —Luna, Mercurio, Venus, Sol, Marte, Júpiter y Saturno— (*op. cit.*, p. 62) y no la del Sol al pasar por los signos del zodiaco, que es la más recalcada por Martínez en su *Reportorio...*, p. 61-76.

³² *Ibid.*, p. 172 y 197, en tanto que a juicio de Martínez las Indias brindan una estu-penda alimentación, pues ésta es “de menos sustento” y más fácil de digerir que la de los europeos, *Reportorio...*, p. 283.

de su reflexión astrológica es el de que en los movimientos de la región celeste hay “tanta variedad, que por demostración se sabe que nunca han estado todos los cuerpos celestes desde el tiempo de su creación dos veces de una misma manera, ni entre sí ni respecto del centro del mundo”.³³ Un poco más adelante saca la conclusión de que

siendo, pues, la región celeste causa universal de los efectos naturales de este mundo, y habiendo en ella la propuesta variedad y mudanza, claro está que también la ha de haber en estas cosas inferiores, pues el efecto sigue a su causa y de lo dicho procede variarse el temperamento de las tierras [...] de donde se sigue también variedad en las complexiones de la gente, pues de todo participan. Y por lo consiguiente [hay] mudanza en el talento, brío y condición, pues esto sigue a la complexión, y esto conforme con la sentencia del filósofo que dice que el cuerpo recibe la calidad de la tierra a donde se cría, y *el ánimo la recibe del cuerpo, cuanto a la inclinación*.³⁴

Este pasaje devela una integración trabada del conocimiento del mundo físico y el del mundo moral, según la cual la mutabilidad es el común denominador de estos dos órdenes de cosas. El punto es importante porque esta exposición aparece después de que Martínez ha exaltado la potencia del entendimiento humano y advertido que para tratar el problema de la omnimoda mutabilidad no hay autor alguno al que seguir. Se considera a sí mismo, por tanto, como un innovador, y ciertamente que, según se ha señalado, su obra muestra diferencias significativas con dos autores de filosofía natural. Martínez contrasta con Acosta y Cárdenas por dar la prioridad a las causas naturales que determinan la continua variedad y mudanza en toda la realidad humana, empezando por la diversísima complexión y temperamento de los individuos. Esas causas naturales son “causas segundas”, que sólo de manera ocasional se ven alteradas por la acción directa de Dios (“causa primera”).³⁵ Las implicaciones de este postulado en su idea de la historia, en verdad decisivas, serán señaladas con posterioridad.

Notable es que Martínez incluya entre las causas segundas algunas de tipo moral, distintas por tanto de la influencia de la complexión y del cuerpo en el alma. El análisis del comportamiento humano se torna de esta manera bastante complejo, o más sofisticado, por lo menos, que en los otros autores de filosofía natural aquí mencionados. Así, mientras Cárdenas sostiene que las peculiaridades básicas de la conducta de los

³³ Martínez, *Reportorio...*, p. 274-275.

³⁴ *Ibid.*, p. 275. El cursivo es mío.

³⁵ *Ibid.*, p. 335. Martínez menciona las causas segundas.

novohispanos obedecen a una causa enteramente natural,³⁶ es decir a su temperamento (predominantemente sanguíneo), Martínez añade a dicha causa el tipo de interacciones entre los individuos, aquellas que dan lugar a patrones generales de conducta. Nos dice el cosmógrafo que el arraigo de los hábitos de engaño y codicia en los novohispanos se debe a que la gente vive en sitios (puertos y ciudades) en que hay “concurso de diversas naciones” y “procede de ello que a los recién venidos de España y otras partes, se les aviven los ingenios y se hacen prudentes a veces a costa de su provecho, y de esta manera les enseña la necesidad nuevo modo de proceder, cobrando también con el uso un género de nuevo natural”.³⁷ Este “género de nuevo natural” no es pues sino el resultado de una socialización, realidad que Martínez sólo puede designar mediante el modelo de las causas segundas, esto es, de factores que no suponen intervenciones divinas que rompan la regularidad de lo cotidiano.³⁸

También hay un notable interés en Martínez por los presagios que anuncian sucesos de primera importancia, asunto que confiere a su libro, por cierto, un carácter de utilidad. Al analizar esta cuestión constatamos su gran preocupación por estos signos que Dios envía a los hombres para anunciarles la inminente llegada de plagas y catástrofes. Martínez asume como principio cierto que algunas conjunciones planetarias (como la de Saturno y Júpiter) acarrearán desastres, los cuales en sustancia son sólo el resultado de acusadas destemplanzas en el equilibrio natural de las calidades básicas en los organismos. Martínez afirma que el Creador permite descifrar al intelecto humano las señales de las catástrofes por venir. En este punto, sin embargo, hay una clara tensión no resuelta por Martínez entre la posibilidad de que las catástrofes se expliquen por una mera causalidad natural (secundaria) o sean expresión de una voluntad divina de castigo ante la que no hay motivo o justificación humana que valga.³⁹

En vista de lo anteriormente dicho y en contra de la idea de un Martínez marcado enteramente por la cosmología medieval,⁴⁰ resulta justificado afirmar que su sentido de la mutabilidad perpetua en lo

³⁶ J. de Cárdenas, *Primera parte*, p. 255.

³⁷ Martínez, *Reportorio...*, p. 284.

³⁸ En cambio, Acosta explica la codicia de los novohispanos como una simple actitud pecaminosa o violación de la moral dictada por Dios, *Historia...*, p. 85.

³⁹ Véanse, por ejemplo, las p. 224-229 del *Reportorio...*, dedicadas a los famosos presagios de la historia mexicana que anunciaron el derrumbe del imperio y la posterior conquista.

⁴⁰ Idea sustentada, por ejemplo, por Alfredo López Austin en su conferencia “Henrico Martínez, la inclusión de Nueva España en la cosmología medieval”, publicada en la serie *Conferencias* del INAH, México, 1971, *passim*.

físico y lo moral, así como su claro convencimiento respecto de los alcances del intelecto del hombre en cuestiones de causas segundas, revelan un horizonte intelectual bastante moderno para su tiempo, y en cuanto a su tema central en asuntos de física, el movimiento continuo, es precisamente aquel que se torna una cuestión de debate candente entre los físicos newtonianos y los cartesianos a la vuelta del siglo XVII al XVIII. Los cartesianos sostienen la existencia de un *continuum* físico indefinido, “donde no hay ningún hueco libre, ningún espacio vacío, [y en que] hay que situar el movimiento, sin el cual el mundo entero no sería más que confusión, un terrible empujarse agitado, que sólo adquiere coherencia por tal movimiento”.⁴¹

En la cosmovisión cartesiana, Dios viene a ser la fuerza mecánica que infunde el movimiento y que representa, por tanto, el “fundamento metafísico de la persistencia de la misma cantidad de movimiento en el universo”.⁴² Martínez, por cierto, rechaza la noción de vacío,⁴³ rechazo que es un presupuesto básico de esa física cartesiana posterior. Así, aunque es claro que las ideas de Martínez no pueden ser relacionadas directamente con las teorías de los cartesianos o los newtonianos, su cuestionamiento central en asuntos de física, el relativo a la importancia del movimiento en el orden cósmico, entronca con una polémica que ya no tendrá nada de medieval. Con todo, la prueba más consistente de la modernidad de su pensamiento está en sus premisas teológicas y filosófico-naturales, que se explicarán a continuación.

Fundamento teológico y filosofía natural en Martínez

Es imposible referirse a los tiempos de Martínez, la época de las guerras de religión, sin mencionar siquiera la influencia de las disputas teológicas en el desarrollo de la ciencia o la filosofía natural. En este punto será también ilustrativo remitirse a la teoría médica del siglo XVI, muy importante por su relación con el ya mencionado esquema de las causas segundas.

Dado que Martínez estuvo vinculado desde muy joven con el mundo hispánico, preciso es entrar en el contexto español para rastrear ahí algunas de las principales influencias formadoras de su ideario científico. En toda esta historia tienen particular relevancia el médico Juan

⁴¹ María del Carmen Iglesias, *El pensamiento de Montesquieu, política y ciencia natural*, Madrid, Alianza, 1984, p. 89.

⁴² *Idem.*

⁴³ Martínez, *Reportorio...*, p. 296: “en naturaleza no hay cosa vacía”.

Huarte de San Juan y su tratado *Examen de ingenios para las ciencias* (1575),⁴⁴ libro que marcó un verdadero hito dentro de la historia de la medicina y de la pedagogía en España y toda Europa. Como se verá, Huarte y Martínez muestran una orientación científica notablemente parecida.⁴⁵

Si bien otros médicos españoles se habían conducido ya antes que él en este sentido,⁴⁶ Huarte parece haber sido aquel que más decisivamente siguió el criterio de que si se trataba de escoger entre el apego acrítico a las autoridades tradicionales y el normarse por la propia experiencia, el filósofo natural debía optar por lo segundo. En Martínez se ha constatado la práctica de este criterio al retar abiertamente la autoridad de su admirado Aristóteles en lo relativo a las mareas y las menguantes, sobre las que aventura una explicación diferente basada en su observación. Pues bien, lo más interesante de este creciente desacato a las autoridades consagradas es que el reto de la ciencia natural —o filosofía natural— española no sólo puso en entredicho algunos postulados de la vieja física aristotélica,⁴⁷ sino también algunas afirmaciones teológicas, lo que ya implicaba un arrojamiento mayor. El *Examen de ingenios* de Huarte incluyó postulados tales que lo hicieron motivo de un proceso inquisitorial en España. Antes de referir éste, sin embargo, se presentará el talante científico de Huarte, con lo que se tendrán los fundamentos para emparentarla con una posición como la de Martínez.

El *Examen de ingenios* de Huarte postula una teoría de la vocación profesional con base en la teoría clásica de los cuatro temperamentos humanos (colérico, sanguíneo, flemático y melancólico). Este médico navarro quiere demostrar que cada una de las grandes profesiones (teólogo, hombre de leyes, predicador, médico, militar) requiere un temperamento idóneo por parte del que la ejerce. Para poder establecer este fundamento médico de la vocación individual, Huarte afirma la existencia de tres facultades o “potencias” humanas básicas (el entendimiento, la memoria y la imaginación o “imaginativa”), más desarrollada la una o la otra según el temperamento del sujeto. Así, el juez y

⁴⁴ Reeditado nuevamente en 1594, tras de ser sometido a revisión por la Inquisición.

⁴⁵ Aunque es cierto que el *Examen de ingenios* de Huarte no aparece mencionado en la colección de libros que pertenecían a Martínez y que De la Maza cita en *Enrico Martínez...*, p. 151-161.

⁴⁶ Edmundo O’Gorman menciona, por ejemplo, al médico Gómez Pereira, inserto en esta corriente, en el prólogo a su primera edición de la *Historia natural y moral de las Indias* de Acosta (1940), reproducido en su obra *Cuatro historiadores de Indias, siglo XVI*, México, Secretaría de Educación Pública-Diana, 1979, p. 201-202.

⁴⁷ De la que no se desechó, pese a todo, la explicación de la estructura del universo, como se ha visto.

abogado ejercitan ante todo su entendimiento, en tanto que un buen teórico de las leyes tiene que contar con una memoria excelente. De manera parecida, un gobernante no cumplirá satisfactoriamente su función si es débil en la imaginativa, que por cierto es también la principal potencia del buen militar.

Al desplegar este esquema explicativo de la vocación y de la conducta humana en general, Huarte no vacila en descifrar el temperamento de personajes y autores bíblicos como el rey David, san Pablo y Jesucristo. Al mismo tiempo aplica el principio de Galeno de que las naciones presentan capacidades distintas de acuerdo con su clima y otras peculiaridades del entorno físico. Resulta así que los pueblos europeos septentrionales desarrollan particularmente la memoria y la imaginativa, en tanto que los españoles se distinguen por su capacidad de entendimiento (un país de teólogos) y la debilidad de su memoria. Con esta atención alternativa a la influencia del medio y las bases temperamentales de las capacidades racionales, es decir de los ingenios, Huarte desarrolla un método para explicar tanto las peculiaridades fundamentales de los grupos sociales⁴⁸ como las afinidades y los contrastes entre los pueblos.⁴⁹

Ahora bien, ¿por qué representa toda esta teoría un reto para los cánones religiosos establecidos? Por una parte, Huarte se muestra muy crítico de la credulidad del vulgo respecto de los milagros, en lo que ve una tendencia a relegar la capacidad humana de descubrir las causas segundas o naturales. Dar rienda suelta a esta credulidad milagreira, sostiene Huarte, tiene que ser ofensivo a la divinidad, pues “desde que Dios crió el mundo no ha habido que añadir o quitar una jota; porque lo hizo con tanta providencia y saber, que pedir que no se guarde aquel orden es poner falta en sus obras”.⁵⁰

Sin embargo, éste no es el aspecto más candente en las conflictivas relaciones de este médico con el magisterio eclesiástico. En el capítulo VII de la edición de 1594 de su *Examen de ingenios*, Huarte afirma que el entendimiento del individuo depende de un órgano, es decir, que no es ajeno a la constitución corporal en cuestión, lo que supone la

⁴⁸ Así, afirma que los comerciantes, cortesanos, solicitadores de causas, etcétera, ejercen la imaginativa y son contrarios al ejercicio de la memoria. Los sabios, por su parte, encarnan el entendimiento.

⁴⁹ Tenemos un ejemplo en el capítulo XV de la edición del *Examen* de 1594, cuando explica por qué los judíos son más astutos que el resto de la población española: su temperamento lleva todavía la huella de un medio calidísimo como el desierto de Egipto, que dispone al hombre en tal sentido.

⁵⁰ Huarte, *Examen...*, v. I, p. 75, en la edición a cargo de Rodrigo Sanz (2 v., Madrid, La Rafa, 1930). Además de esta edición, existen la de Barcelona, Daniel Cortezo, 1884, y la de Espasa Calpe (Buenos Aires, 1946, Colección Austral, 599).

imposibilidad de demostrar la inmortalidad del alma racional mediante argumentos deductivos. Según la explicación teológica prevaeciente, la prueba de la inmortalidad del alma estaba dada por los atributos de entendimiento y voluntad (“potencias superiores”), que se tomaban como independientes del cuerpo. Huarte pone ahora en duda ese viejo argumento escolástico y se atreve incluso a elevar la imaginativa al rango de potencia superior, sin distinguir además entre memoria de ideas y memoria de imágenes, una fina diferenciación de los teólogos. Por todo lo anterior, en Huarte encontramos la convicción de que la demostración de la inmortalidad del alma será cuando mucho de hecho, no de principio.

Como consecuencia de exponer estas tesis, Huarte sufre el proceso inquisitorial referido y tiene que aceptar una versión expurgada de su obra, la de 1594. Cabe recalcar, sin embargo, que este médico no niega la inmortalidad del alma, sino que a dicha inmortalidad se le haga depender de la potencia del entendimiento: ¿cómo explicar entonces que cada sujeto tenga un grado distinto de inteligencia y que además la pérdida conforme envejece? Huarte achaca también a los teólogos el soslayar que Dios ha concedido en grado eminente una ciencia especial a cada hombre, circunstancia a tener en cuenta para entender el sentido de la diversidad de los ingenios humanos. La racionalidad tiene que tener sentido también en función de la realidad terrenal y no sólo de un orden celestial intemporal. Huarte habla incluso de “ciencias sobrenaturales”⁵¹ que pueden ser ejercidas en este mundo por los hombres de racionalidad más desenvuelta.

Lo anteriormente mencionado viene al caso para explicarnos el contexto y las corrientes en que debemos situar a Henrico Martínez. Si Edmundo O’Gorman remite a la corriente empírico-aristotélica de Gómez Pereira para ubicar el pensamiento científico de José de Acosta, mucho habla en favor de que para situar cabalmente a Martínez tenemos que remontarnos a la corriente de Huarte de San Juan, quien toma mucho de Aristóteles pero también incorpora a Platón, un filósofo desdeñado por la corriente de Acosta. Vayamos por partes al desarrollar este punto.

Una primera evidencia de la afinidad de presupuestos filosóficos y teológicos entre Huarte y Martínez es la ya citada afirmación de este último de que el ánima recibe su calidad del cuerpo, y éste a su vez obtiene la propia de la tierra en que vive. De hecho, esta fórmula de Martínez podría servir para resumir el método analítico/sintético de Huarte

⁵¹ Aquellas en las que la razón conoce directamente sin necesidad de recurso a los sentidos.

cuando éste explica la diversidad de profesiones por la de temperamentos individuales y, además, esgrime el temperamento nacional para dar razón de las inclinaciones que prevalecen entre los miembros de una sociedad. Pero hay todavía otros dos datos que apoyan la tesis sobre la orientación común de ambos científicos.

Por una parte, sabemos que Martínez tenía la intención de dedicar un tratado de fisonomía donde se estudiaría “la causa natural de las varias inclinaciones humanas y enséñase cómo se podrá, por medio de la fisonomía de los rostros y de los actos que cualquier niño hace en ciertos tiempos de su edad, rastrear algo de su complexión y natural inclinación para conforme a ello elegirle ejercicio en que se ocupe”.⁵² Pues bien, éste es el tema de Huarte en su *Examen de ingenios*, como se ha explicado, y tal coincidencia temática no es sino sorprendente. Por otra, la idea de Martínez sobre el ideal de sabiduría humana y la de Huarte muestran semejanzas dignas de recalcarse. En su *Examen de ingenios*, Huarte se inscribe en una vertiente con influencia sapiencial-platónica, basada en la certeza de que el hombre se asemeja a Dios por su capacidad de entendimiento y sobre todo por la de engendrar “hijos” de ese mismo entendimiento, eso que los filósofos naturales han llamado noticia o concepto.⁵³ Así, para Huarte el sentido y la utilidad de la educación y el conocimiento mismo no quedan en infundir comportamientos satisfactorios desde el punto de vista ético, como afirma la doctrina recogida por Acosta. El conocer y el enseñar implican la transmisión de elementos que generan ideas nuevas, lo cual es un fin en sí mismo. Por exaltar el poder imaginativo de la mente humana, Huarte sitúa la actividad intelectual en una dimensión creativa que no se encuentra en la tradición de Acosta. Henrico Martínez se muestra igualmente convencido de la alta dignidad especulativa del hombre y afirma incluso que en el estudio de lo físico “hallaremos no haber cosa que no sea digna de admiración y todo ello útil y necesario a la perfección y hermosura del universo mundo, y todo junto para servicio del hombre, el cual es un epílogo y abreviatura en quien concurren todas las cosas creadas”.⁵⁴

Es claro, pues, que Martínez no continúa esa estricta discriminación de conocimiento útil e inútil en función del perfeccionamiento moral individual que O’Gorman detecta en Acosta y en toda una vertiente del humanismo español. Para el cosmógrafo novohispano todo fenómeno

⁵² Martínez, *Reportorio...*, p. 407.

⁵³ Su fundamento expreso es la Biblia: Dios Padre engendró al Verbo Divino (Salmo XLIV, Proverbios VIII, 24-25).

⁵⁴ Martínez, *Reportorio...*, p. 45.

físico es importante e instructivo en cuanto que el hombre puede reconocerse en él. Aquí se revela una cierta coincidencia de Martínez con la tradición platónica, tan desdeñada por Acosta, y no sorprende así su alusión al “gran filósofo Platón”.⁵⁵ Considerada esta orientación platónica, no parece descaminado pensar que pudieran existir puntos de convergencia e incluso influencia científica entre la visión de Paracelso y la de Martínez, dado que por entonces aquel famoso médico tenía seguidores en París, donde Martínez habría estudiado, según De la Maza.

Otra cuestión relacionada con la anterior es la de los alcances del entendimiento humano. La meta de Huarte es el estudio integral del hombre, de su mente en relación con su constitución física (complexión y temperamento), de todo lo cual resulta un panorama tan complejo como el del *Examen*. Aunque apegado todavía al ideal aristotélico de una sabiduría asequible mediante el estudio de la naturaleza, por mostrar ésta el sentido original de las cosas, Huarte se niega a aceptar la teoría del conocimiento que suele acompañar a dicho ideal, aquella que reduce el entendimiento humano a un reflejo en la mente (a manera de *tabula rasa*) de lo observado en la naturaleza. Huarte sostiene que los hombres, provistos por Dios del alma racional, cuentan con un sentido básico que los orienta en su percepción sensorial,⁵⁶ si bien esta configuración racional suprasensible se expresa siempre filtrada por el temperamento del individuo.

En cuanto a Martínez, en éste constatamos ese mismo interés básico por la constitución del hombre. Viene al caso mencionar aquí su convicción sobre la gran potencia del entendimiento humano, al que juzga capaz de comprender cualquier cosa “según la doctrina, edad y experiencia, y según la disposición de los órganos corporales del sujeto”.⁵⁷

En el autor del *Reportorio* encontramos también la fascinación por la inmensa variedad de temperamentos e inclinaciones de los hombres, lo que lo lleva a sostener que “todas esas inclinaciones [...] no se pueden atribuir a sólo las calidades de los elementos, sino también a la oculta influencia celeste que ocurrió al tiempo de sus concepciones y nacimientos”.⁵⁸ Con esta justificación astrológica, Martínez propone implícitamente el estudio de la diversidad psicológica humana como un asunto de índole científica. Pero también por esta vía define la condición racional del hombre de una manera que nos recuerda mucho la

⁵⁵ *Ibid.*, p. 44.

⁵⁶ Aunque no llega a admitir la teoría platónica de una reminiscencia de las ideas innatas, pues está persuadido de que el hombre adquiere la sabiduría poco a poco, conforme va templando su cerebro.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 274.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 68.

de Huarte. Nos dice que “bien es verdad que por estar el alma ligada con el cuerpo y haber de usar en sus operaciones de los órganos corporales, mucho hace, mucho merece y es gran virtud la de aquel que siendo mal inclinado hace obras contrarias a su inclinación, porque la vida de este tal es perpetua guerra por la repugnancia que entre sí tienen razón e inclinación”.⁵⁹ Así, aunque Martínez afirma una influencia celeste omnipresente en la vida de todo ser humano (una “causa general”), de igual manera sostiene que éste es capaz de establecer racionalmente hasta qué punto se deja llevar por ella y hasta qué punto la contiene.

Se trata, una vez más, de la convicción de que el estudio de lo natural adquiere su sentido más profundo al ser relacionado con la condición humana. Todo hombre precisa de ese conocimiento para entender su justa inserción en el género humano y el todo cósmico. En vista de lo anterior, no nos sorprende que entre los principales principios científicos de Martínez esté el de que “toda la máquina del universo mundo es semejante a una persona, y así como en el hombre no hay miembro, parte ni sentido que no sea útil y necesario para la perfección y conservación de su vida, así en el cielo no hay parte ni estrella por mínima que sea que no tenga su particular virtud e influencia, conveniente y necesaria para la perfección y permanencia de todo el cuerpo del mundo”.⁶⁰ Por tanto, el tradicional programa aristotélico de las cadenas y jerarquías de los seres va dejando el lugar a otra más humanista y antropocéntrica, una en la que el hombre, verdadero microcosmos, constituye el gran punto de partida para entender la totalidad cósmica.

Aportación al conocimiento geográfico de Nueva España

Si bien Henrico Martínez fue ante todo un cosmógrafo, su *Repertorio* no deja de tener relevancia como aportación temprana al conocimiento geográfico de Nueva España. Aunque toda la elucidación del mundo físico en él contenida se relaciona primordialmente con las influencias celestes como causa general, dicha elucidación se realiza desde la Nueva España, una región específica, sujeta a un meridiano y clima precisos, de los que los tratados astrológicos publicados en otras partes no suelen dar cuenta, según se queja el propio cosmógrafo en su prólogo. Ese factor espacial diferenciante es el aspecto geográfico de la Nueva España, tratado en el *Repertorio*.⁶¹

⁵⁹ *Idem.*

⁶⁰ *Ibid.*, p. 47.

⁶¹ Si bien es preciso aclarar que Martínez no emplea el término geográfico para designar este aspecto de su estudio.

La aportación de Martínez en este sentido no consiste en una enumeración de productos minerales, animales y vegetales, temática que ocupa un buen número de páginas de la *Historia natural y moral de las Indias* de Acosta y de otras obras similares del siglo XVI. Su interés central es ofrecer una explicación detallada de ciertos fenómenos físicos que sorprenden a los contemporáneos por no corresponder con los esquemas tradicionales contenidos en los tratados de física y meteorología aristotélicas. Desde este punto de vista, el *Reportorio* de Martínez representa más una continuación de la obra de Cárdenas que de la de Acosta, quien ciertamente corrige algunas falacias de la vieja teoría geográfica de Aristóteles pero no aventura ninguna síntesis de las realidades del país dadas por la situación y el clima.

Martínez parte ciertamente de una posición aristotélica al tomar como dato geográfico central la ubicación de las Indias en la zona más cálida y húmeda del orbe. Asimismo señala que Nueva España se distingue por tener un suelo primordialmente cavernoso, algo que Cárdenas ha mencionado ya en su libro. Para Martínez, la explicación del elevado índice de calor en estas zonas no tiene tanto que ver con la humedad, factor al que Cárdenas da mucha importancia, ni con la verticalidad de los rayos del Sol, como supusieron los antiguos, sino con “el sitio y disposición de la tierra [en cuestión], porque se ve por experiencia que en los valles hondos y apreturas de la tierra se multiplica y aumenta el calor del Sol y se extiende y disminuye en los llanos”.⁶² Igualmente recuerda que la situación equinoccial de los trópicos determina que las corrientes de aire y de agua se muevan más velozmente a estas latitudes que en las otras de la Tierra.⁶³ También tiene Martínez una respuesta contundente al enigma de la incidencia de las lluvias indianas en verano: las humedades alojadas al interior del suelo son muy pesadas y sólo el calor de esa estación alcanza para levantarlas.⁶⁴ En España y el resto de Europa, donde predomina la tierra “maciza y apretada”, las cosas suceden exactamente a la inversa. De esta manera, Martínez da cauce a una reflexión geográfica bien sistematizada en la que la configuración del relieve cobra gran importancia para explicar las variaciones de temperatura y humedad.

La aproximación geográfica de Martínez engloba tanto las características fundamentales del medio físico novohispano como las morales de sus habitantes, y esto con el objeto de dar nuevamente cuenta de la notable variedad y mudanza que prevalece en las cosas humanas.

⁶² Martínez, *Reportorio...*, p. 269.

⁶³ *Ibid.*, p. 288-289.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 280.

Desde luego, sus observaciones sobre la variedad geográfica no pueden ser desligadas de su sempiterno interés astrológico. Sin embargo, Martínez está interesado en delimitar lo que toca a la influencia natural y lo que toca a las causas morales: el límite está en el libre albedrío de esa criatura racional que es el hombre. Tal proceder viene a ser una actitud de moderación frente a un cierto determinismo climático que influye mucho en la filosofía natural de la época, el de Galeno y Aristóteles. Veamos esto según el ejemplo de la función del cerebro.

Martínez acepta que el vivir en zonas frías repercute en una fisiología en la que el cerebro trabaja con pesadez, lo que no sucede en una región como Nueva España, cuyo clima cálido y tipo de alimentos permiten un raciocinio despejado.⁶⁵ Con ello reconoce la huella del clima en las capacidades de la gente de cada país. Pero sin renegar de este postulado aristotélico, Martínez lo incorpora a una teoría científica que, si bien atendida al factor astrológico⁶⁶ y al condicionamiento hereditario, no desestima la irreductible variedad de complexiones y temperamentos en los hombres, ni lo que cabe atribuir a las peculiaridades morales. Como veíamos, Martínez reconoce entre los españoles emigrados a estas tierras “un nuevo natural” que resulta del cosmopolitismo comercial de la sociedad. A esta observación acompaña la de que el medio natural novohispano favorece ingenios más avezados que los de España, y lo que resulta patente es su disponibilidad a admitir una pluralidad de causas físicas sin renegar nunca del libre albedrío, que como católico no puede olvidar.

Conclusiones. La idea de la historia de Martínez

Lo visto en los apartados previos permite reconocer en Henrico Martínez ciertas orientaciones científicas de su época. Ahora bien, aunque emancipada ya en buena parte de los tiosos paradigmas filosóficos y teológicos medievales, la ciencia de Martínez no es identificable sin más con la gran Revolución científica de la segunda mitad del siglo XVII. Atenido aún a ciertos principios cosmológicos aristotélicos, Martínez empezó a reformular los problemas del conocimiento del mundo

⁶⁵ Pues el frío determina una concentración de calor en el estómago que arroja vapores y humos espesos al cerebro. Es una idea de Aristóteles expresada en *ibidem*, p. 282-283.

⁶⁶ El capítulo primero del tercer tratado del *Reportorio* (p. 259-261) está dedicado a encontrar la influencia celeste más dominante en Nueva España, aquella que prevalecía en el momento de la Creación.

físico a la luz de una nueva visión del sentido y los alcances de la capacidad cognitiva.

Con todo, la aceptación por Martínez de ciertas corrientes platónicas no implica que éste haya llegado tan lejos, por ejemplo, como Athanasius Kircher, el célebre polígrafo alemán que en el siglo XVII dirigió su principal interés científico al símbolo, que entiende como “una anotación que remite a algún misterio arcano [...] y conduce nuestra alma mediante una semejanza a la inteligencia de algo muy distinto a lo percibido por los sentidos”.⁶⁷ De cualquier manera, el ideario de Martínez muestra ya un ensanchamiento del criterio científico en contraste con el de un aristotélico estricto como Acosta. Su filosofía natural da más razón de las correspondencias entre lo físico y lo moral que la de Acosta, de la misma manera que en ella cobra una gran fuerza la convicción de que el conocimiento de lo general lleva a entender mejor lo particular.

Si bien ni Huarte ni Martínez son autores místicos como lo será Kircher, su filosofía natural se desenvuelve aún sobre un trasfondo eminentemente religioso. Al fundamentar la posibilidad del don profético en los hombres, que en su contexto sería la única justificación contundente para el recurso a la astrología, Huarte critica la idea del vulgo de que las profecías son cosa del demonio. Asegura, por el contrario, que Dios concede a algunos el don del *discretio spiritum*, capacidad racional de distinguir cuándo una profecía es divina y cuándo es diabólica.⁶⁸ Precisamente son los filósofos naturales a quienes el Todopoderoso facilita un mayor acercamiento a dicho don, que requiere un cuerpo debidamente templado para desarrollar las capacidades plenas del ánima racional. Ésta es la misma razón teológica del estudio astrológico de Martínez, quien a todas luces quiere ir más allá del interés utilitario y del deseo de complacer las inquietudes astrológicas populares que tiene presentes en su *Reportorio*.⁶⁹

La aguda tensión entre el apego al principio del libre albedrío y el reconocimiento de designios divinos inapelables adquiere una importancia enorme para efectos de explicación histórica en el planteamiento de Martínez. Hay un cuestionamiento que se torna imperioso: ¿existe en la sucesión de los hechos históricos algún orden o racionalidad intrínsecos, o sólo cabe retomar la fórmula bíblica de que “nada hay nuevo debajo del Sol”, como hace Acosta? En Martínez se nota un

⁶⁷ Joscelyn Godwin, *Athanasius Kircher: la búsqueda del saber de la Antigüedad*, Madrid, Swan, 1986, p. 43.

⁶⁸ Esto lo discute en el ya mencionado capítulo VII de su *Examen de ingenios*.

⁶⁹ Martínez, *Reportorio*..., p. 64: “mas está tan puesta en uso esta astrología vulgar que el reportorio que no trata algo de ella no es bien admitido del común [...]”.

esfuerzo por desentrañar científicamente la constante mudanza y variedad históricas, y a este respecto resulta muy instructivo el pasaje siguiente:

Los Estados adquiridos con malos principios y sustentados con peores medios, no se puede esperar en ellos permanencia. El imperio turquesco [o turco] principió con violencia, susténtase con tiranía, por lo cual parece imposible durar mucho tiempo. Demás de esto, los Estados temporales van de tal manera, que nunca se conservan mucho tiempo en un mismo ser, antes suben y bajan, crecen y menguan cada cual en su proporción, como lo hacen todas las demás cosas del mundo, y cada uno de ellos tiene su término y su límite, ordenado por la Divina Providencia, lo cual no sólo consta por las grandes monarquías de los asirios, persas, griegos y romanos, mas también lo vemos por experiencia en otras cosas más modernas y en cualquier Estado particular presente, y cada uno en sí mismo, porque no hay cosa estable y permanente en esta vida y suceden a los hombres las cosas muy al contrario de aquello que entienden. Y cuando algún reino o monarquía, o algún Estado particular adquirido con violencia y malos medios, ha llegado a la cumbre de su grandeza, que se conoce cuando ya no crece ni aumenta, entonces comienza a declinar, y si bien la prudencia humana, temiendo su perdición, previene los caos venideros con gran cuidado y vigilancia, no siempre aprovecha ni es bastante a desviar el daño que le está aparejado; *porque es imposible sustentarse el hombre mal obrando, y a veces permite Dios que aquello que el ingenio humano juzga por sumo bien y saludable medio para el fin que pretende y para conservar su mal estado, que en aquello mismo esté su destrucción y servirle de medio para perderse.*⁷⁰

Martínez se refiere aquí a la fatal discontinuidad que domina la historia de los Estados, sometidos a una dinámica insalvable de ascenso y caída, observación reforzada por el convencimiento de una constante intervención divina a contrapelo de la voluntad humana. Así, si veíamos que el cosmógrafo tendía a desterrar las intervenciones divinas directas (causas primeras) del acaecer natural y de ciertos ámbitos del acaecer moral, su proceder al tratar del devenir histórico parecería ser todavía el contrario. En realidad no es así. Aunque el pasaje en cuestión no postula todavía un paradigma histórico libre de las intervenciones divinas y normado por las causas segundas, sí permite entrever la esperanza de que el estudio de la decadencia de los Estados deje en claro esos “malos principios” de la política que resultan funestos a las naciones. Asimismo concibe un Dios que se abstiene de intervenir en

⁷⁰ *Ibid.*, p. 349. El cursivo es mío.



los procesos de decadencia y permite que éstos sigan su curso según una secuencia de causas segundas. Este intento de racionalización de la historia política constituye el paso inmediatamente previo al empleo sistemático y consecuente del esquema de causas segundas para fines de explicación histórica,⁷¹ lo cual no puede pasar desapercibido en una historia de la historiografía novohispana del siglo XVII.

⁷¹ Christopher Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980, p. 211-213, ilustra sobre el recurso de Sir Walter Raleigh a las causas segundas para explicar la historia. Hacia finales del siglo XVI, Raleigh escribía historia asumiendo que Dios se abstiene de intervenir directamente en la historia —o al menos en el curso habitual de ésta— para permitir que sean los hombres los que con sus actos y voluntades (causas segundas) le impriman el rumbo.